

XIV Certamen Literario Conmemorativo de los Mártires de la UCA

Título del trabajo: La espera

Género: cuento

Seudónimo: Bea

La espera

—Buenas, aquí, otra vez, de pasadita. Venía a preguntarle si no lo ha visto —me dijo. Estaba agarrada de la berja. Los ojos le brillaban diferente. Los tenía dilatados. Uno titilante.

—No ha pasado, niña Bea. No lo hemos visto —le digo. Los ojos se decaen luego de mi respuesta. Afloja las manos de las rejas y retrocede un poco. Suspira y traga grueso. —Pero cualquier cosa yo le hago saber —le digo. Se quita la cartera del hombro y saca un lápiz y un papel. Anota un número telefónico; el mismo que está en todos los rótulos de los postes de luz con el rostro del chico. —Llámeme si viene a la casa. Dígale que lo estoy esperando —dijo, y me entregó el papel. —Ahí le dejé comida y ropa, en la grada después de la puerta, por si viene a cambiarse —agregó.

Sentí un dolor en el pecho. —Yo le digo si lo veo, niña Bea. No se preocupe. ¿Ya fue al médico? —le pregunto. —Sí, una vez, al San Juan de Dios. Que me estoy volviendo loca, dice el doctor. Ya no voy a ir porque a los locos los encierran, y si me llevan no lo voy a ver volver. Nadie le va a traer comida por si viene. Porque va a volver. Nadie me cree, pero va a volver. Yo se que él también me ha de andar buscando. Va a venir con hambre mi niño —dice.

Llora.

No se si atravesar la barrera entre ella y yo. Tambaleo un segundo. Voy por mi mascarilla, abro la berja y la abrazo. Acto que está prohibido. La siento pequeña, más delgada. Su piel quemada por el sol, de andar a pie las calles por las que su hijo caminaba. Y su cabello negro guarda un calor intenso.

Caminamos a través de mi jardín de rosas. Le pido que entre a la casa. Acto también prohibido. Su mascarilla se había humedecido con el llanto. Le digo que se la quite, le doy otra y le entrego un vaso con agua. Llorar con eso encima no deja salir bien el dolor. Pero así tiene que ser.

La observo mientras bebe. Recuerdo el rostro del chico. Lo recuerdo en bicicleta por la calle. Moreno, alto, delgado. Sí, así era. Y así lo describe ella a los desconocidos a los que les pregunta por él. Ya pasaron casi cuatro meses desde que salió de la casa y no se supo más de él. Era verano cuando se fue. Y ni un mensaje, ni una llamada. Como si se lo hubiera tragado la tierra, pienso, y me aterro porque podría ser verdad.

Caigo en cuenta de que niña Bea ya no vive aquí, pero viene tan frecuente que es como si nunca se hubiera ido. Perdió el trabajo por dedicarse a buscar a su hijo. Luego le quitaron la casa, no pudo pagar la renta. Pero convenció al dueño de dejar ropa del chico adentro. Colocó una escalera a la par de la pared más baja, por si vuelve. Ella viene cada tres días. Tiene miedo de que él ya no la encuentre y no sepa dónde buscarla.

Sigue sentada, sin terminarse el agua, por el llanto. A un lado de la silla puso la vara que carga siempre que viene de raspar la tierra, buscándolo.

—La policía no da razón de él todavía. Yo ya caminé esas zonas verdes, las canchas, botaderos de basura. ¿Usted no oyó nada el día que se perdió? —me pregunta, de nuevo, igual que todas las veces que viene. —No, niña Bea, nosotros no escuchamos nada. Él pasó por aquí, ese día, en la tarde, me compró una bolsa con agua y se fue. No se nada más —le respondo, con tristeza. —De seguro me ha de andar buscando. Dígale que ya no vivo aquí, pero que lo estoy buscando —me dice.

Se levanta, toma la vara y avanza hacia la puerta. La despido con otro abrazo y la veo irse. Camina hacia la casa donde vivía con su hijo. Se para enfrente y llama a la puerta de la casa donde ahora no vive nadie. No le contestan y viene de regreso. Adiós, seño, ahí vengo otro día, me dice.

Regreso al interior de mi casa. Hoy se ve más oscura, como si estuviera triste. El silencio lo inunda todo. En la pared del fondo de la sala, mis diplomas y fotografías de mis dos hijos. Uno que está preso y otro que vive conmigo. A veces, apenas soporto la soledad de este espacio. Extraño el sonido de los juguetes al caer al piso.

El tropel de los dos niños corriendo. Extraño mi propia energía; la mujer de combate que fui en otro tiempo y de la que ya no queda nada en mis huesos. Solo lo que sembré como profesora de escuela.

En la pared opuesta, un cuadro de Monseñor Romero, dos velas puestas en una mesa pequeña y ocho rosas al lado de una virgen en bulto. Le rezo a Romero por mi hijo preso. Yo sé que él sabe el mal del que padecen los pobres: todo lo peor se nos pega.

La directiva de la colonia ordenó quitar los rótulos con el rostro del chico. Le da aspecto de peligrosidad a la zona, dicen. Que hay que cuidar la imagen. Me pregunto si ya se resignó niña Bea. Ya días no la veo por estos lados.

Siento un dolor en el pecho. Veo a mi hijo preparándose para salir a la cancha. Me pregunto si volverá, y siento miedo. Hijo, tenga cuidado, no regrese tarde, le digo.

El viento sopla suave y casi fresco. No logro soportar el peso de la nostalgia y lloro junto a la puerta. Allá viene la niña Bea, me dice mi hijo. Sí hijo, todos los años aparece por estas fechas. Ahora lloro por su dolor y el mío.

Entro a la casa, me persigno frente a mi altar. Veo a Romero más serio que otros días. Ha de estar triste por tanta tragedia, pienso.

—Buenas, aquí, otra vez de pasadita. Venía a preguntarle si no lo ha visto —dice niña Bea, desde el otro lado de la berja. Estaba agarrada de las rejas. —No ha pasado, niña Bea. No lo hemos visto —le digo. Afloja las manos de las rejas y retrocede un poco. Suspira y traga grueso.

Camina hacia la casa donde vivía con su hijo. Se para enfrente y llama a la puerta de la casa donde todavía no vive nadie. Es la casa de un desaparecido. No obtiene respuesta y viene de regreso. Adiós, señor, ahí vengo otro día, me dice.

Ha pasado un año desde la última vez que vino niña Bea. Observo las flores secas de mi jardín, por el que han pasado varios veranos. —Buenas, aquí, otra vez de pasadita. Venía a preguntarle si no lo ha visto—, dice niña Bea desde el otro lado de la berja. Estaba agarrada de las rejas. —No ha pasado, niña Bea. No lo hemos visto —le digo. Afloja las manos de las rejas y las nota llenas de moho. Retrocede un poco. Suspira y traga grueso. Se toca el cabello gris.

Camina hacia la casa donde vivía con su hijo. Se para enfrente y llama a la puerta de la casa. Abre una chica. —Es moreno, alto y delgado —le dice niña Bea. Que no lo ha visto, responde la chica, y niña Bea viene de regreso. —Adiós, seño, ahí vengo otro día —me dice. Y en verdad se que va a volver, incluso después de su propia muerte.